

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE DEGRADACIÓN AL QUE LA MUJER ES REDUCIDA POR VARIAS CAUSAS

Mary Wollstonecraft

FONT: Mary Wollstonecraft. (2020). *Vindicación de los derechos de la mujer*. PENGUIN CLÁSICOS. (text original de l'any 1792)

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE DEGRADACIÓN AL QUE LA MUJER ES REDUCIDA POR VARIAS CAUSAS

Que la mujer es por naturaleza débil o está degradada por la concurrencia de las circunstancias creo que está claro. Pero voy a contrastar esta postura con una conclusión que he oído frecuentemente a hombres sensatos a favor de una aristocracia: que la masa de la humanidad no puede ser nada, o los esclavos serviles que pacientemente se dejan conducir sentirían su propia consecuencia y rechazarían sus cadenas. Los hombres, observan, se someten en todos lados a la opresión cuando sólo tienen que levantar sus cabezas para deshacerse del yugo; sin embargo, en vez de afirmar sus derechos naturales, muerden el polvo en silencio y dicen: «comamos y bebamos, porque mañana moriremos». Las mujeres, sostengo, de forma análoga, son degradadas por la misma propensión a disfrutar del momento presente; y, finalmente, desprecian la libertad al carecer de la virtud suficiente para luchar por ella y obtenerla. Pero debo ser más explícita.

[...]

En la clase media de la sociedad, para seguir con la comparación, los hombres se preparan en su juventud para las profesiones, y el matrimonio no se considera el mayor logro en sus vidas, mientras que las mujeres, por el contrario, no tienen ningún otro esquema con el que afinar sus facultades. Ni el trabajo, ni proyectos generales, ni cualquiera de los divagantes vuelos de la ambición, ocupan su atención; no, sus pensamientos no se emplean en levantar tan nobles estructuras. Para prosperar en el mundo, y tener la libertad de correr

de un placer a otro, deben casarse provechosamente, y a este fin se sacrifica su tiempo, y frecuentemente se prostituyen, legalmente, sus cuerpos. Un hombre, cuando se inicia en cualquier profesión, fija sus ojos en alguna ventaja futura (y la mente gana gran fuerza al dirigir sus esfuerzos en una dirección) y, ocupado en sus asuntos, considera el placer mera relajación, mientras que las mujeres buscan el placer como el principal objetivo de su existencia. De hecho, dada la educación que reciben de la sociedad, puede decirse que el amor al placer las dirige, ¿pero prueba esto que hay un sexo en las almas? Sería igual de racional afirmar que los cortesanos en Francia, formados en un destructivo sistema despótico, no eran hombres, pues sacrificaron su libertad, virtud y humanidad, por el placer y la vanidad. ¡Fatales pasiones que siempre han dominado sobre *toda* la raza!

El mismo amor al placer que promueve la tendencia general de su educación da un giro trivial a la conducta de las mujeres en la mayoría de las circunstancias. Por ejemplo, las mujeres están siempre ansiosas por cosas secundarias y al acecho de aventuras, en vez de ocuparse con deberes.

Un hombre, cuando emprende un viaje, tiene, en general, el fin a la vista. Una mujer se preocupa más por los acontecimientos accesorios, las cosas extrañas que podrían posiblemente ocurrir en el camino, la impresión que ella puede causar en sus compañeros de viaje y, sobre todo, vigila afanosamente el cuidado de las galas que acarrea consigo, que forman más que nunca parte de sí misma cuando va a figurar en un nuevo escenario, cuando, usando un adecuado giro francés, va a producir sensación. ¿Puede la dignidad intelectual coexistir con semejantes cuidados triviales?

En resumen, las mujeres, en general, así como los ricos de ambos sexos, han adquirido todas las locuras y vicios de la civilización sin beneficiarse de sus frutos. No necesito avisar siempre que me refiero a la condición del sexo en su conjunto, dejando de lado las excepciones. Se inflaman sus sentidos y se descuida su entendimiento, convirtiéndose así en presa de sus sentidos, que llaman delicadamente sensibilidad, y se derrumban con la menor ráfaga momentánea de sentimiento. Las mujeres civilizadas están, por tanto, tan debilitadas por falsos refinamientos que, respecto a la moral, su condición es muy inferior a la que habría de encontrarse en un estado más próximo al natural. Siempre agitadas y ansiosas, su exacerbada sensibilidad no sólo las hace incómodas, sino también molestas,

por decirlo suavemente, para otros. Todos sus pensamientos se vuelcan en suscitar emoción. Guiadas por los sentimientos cuando deberían razonar, su conducta es inestable y sus opiniones volátiles, no tanto por la deliberación y el entendimiento progresivo, sino por sus emociones contradictorias. Se entusiasman atolondradamente con un sinfín de empresas, pero nunca perseveran y surge a continuación la indiferencia; pues este ardor se extingue pronto, consumido por su propio calor, o se encuentran con alguna otra pasión fugaz, a la que la razón nunca ha dado gravedad específica. ¡Infeliz, ciertamente, debe ser aquel ser cuya educación sólo ha tendido a inflar sus pasiones! Pues hay que distinguir entre inflar las pasiones y fortalecerlas. ¿Qué se puede esperar cuando las pasiones se miman y se descuida la formación del juicio? ¡Sin lugar a dudas, una mezcla de locura e insensatez!

Esta observación no debería confinarse al sexo *bello*; sin embargo, por el momento, me limito a aplicarla a las mujeres.

Novelas, música, poesía y galantería, todas tienden a hacer a las mujeres criaturas de la sensación y su carácter se forma así en el molde de la necesidad durante el tiempo que adquieren las artes del placer, las únicas que su posición en la sociedad les incita a adquirir. Esta sensibilidad exacerbada relaja naturalmente los otros poderes de la mente e impide al intelecto alcanzar la soberanía que precisa para hacer a una criatura racional de utilidad a los otros y contenta con su propia posición: porque el ejercicio del entendimiento con el paso del tiempo es el único método que la naturaleza indica para calmar las pasiones.

La saciedad tiene un efecto muy diferente y con frecuencia me ha impresionado fuertemente una enfática descripción de la condena eterna: cuando el alma es representada revoloteando con inútil afán alrededor del cuerpo profanado, incapaz de disfrutar nada sin los órganos de los sentidos. Pero, sin embargo, las mujeres son esclavas de sus sentidos, porque es gracias a su sensibilidad que obtienen el poder presente.

¿Y pretenderán los moralistas afirmar que ésta es la condición en la que una mitad de la raza humana debe ser animada a permanecer con apática inactividad y estúpida aquiescencia? ¡Buenos instructores! ¿Para qué fin hemos sido creadas? Para permanecer, dirán, inocentes —esto es, en el estado de la infancia—. Podríamos también no haber nacido nunca, a menos que fuera necesario crearnos para permitir al hombre adquirir el

noble privilegio de la razón, la facultad de discernir el bien del mal, mientras nosotras nos tumbamos en el barro del que fuimos tomadas, para nunca levantarnos de nuevo.

Sería una tarea interminable trazar la variedad de mezquindades, preocupaciones y desgracias que las mujeres padecen por culpa de la opinión prevaleciente según la cual fueron creadas para sentir más que para razonar, y que todo el poder que pueden alcanzar ha de ser conseguido mediante sus encantos y debilidades.

Hermosa por sus defectos y amable debilidad.

Y por esta amable debilidad las mujeres son totalmente dependientes del hombre —con excepción de lo que ganan a través de la influencia ilícita— no sólo para obtener protección, sino también consejo. ¿Debe sorprender que, ignorando los deberes que la razón sola indica y eludiendo las pruebas que fortalecen el espíritu, las mujeres se afanen en dotar a sus defectos de una cobertura elegante que les permita acrecentar sus encantos a los ojos del voluptuoso, aunque todo ello las rebaje en la escala de la excelencia moral?

Frágiles en todos los sentidos de la palabra, las mujeres son obligadas a depender del hombre para toda comodidad. Ante los peligros más insignificantes se agarran al hombre, con parásita tenacidad, exigiendo lastimeramente socorro, y su protector *natural* extiende sus brazos, o alza la voz, para proteger a la encantadora temblorosa. ¿De qué? Tal vez del ceño fruncido de una vieja vaca o del brinco de un ratón; una rata sería un serio peligro. En nombre de la razón e incluso del sentido común, ¿qué puede salvar a tales seres del desprecio, por muy dulces y bellas que sean?

Estos miedos, cuando no son afectados, pueden producir algunas actitudes hermosas, pero muestran tal grado de imbecilidad, que degradan a cualquier criatura racional hasta un punto que las mujeres no alcanzan a comprender —porque el amor y la estima son cosas muy diferentes—.

Estoy plenamente persuadida de que no se darían estos aires infantiles si se permitiese a las jóvenes ejercitarse suficientemente y no se las confinase en habitaciones cerradas hasta que se atrofién sus músculos y se destruya su digestión. Aún más, si en vez de acariciar —e incluso, tal vez, crear— el miedo en las jóvenes se lo tratase del mismo modo que la cobardía en los chicos, pronto veríamos a las mujeres con un aspecto más digno. Es cierto,

ya no podría considerárselas con igual propiedad flores dulces que sonrían al paso del hombre, pero serían miembros más respetables de la sociedad y cumplirían los deberes importantes de la vida a la luz de su propia razón. «Educa a las mujeres como a los hombres», dice Rousseau, «y cuanto más se parezcan a nuestro sexo menos poder tendrán sobre nosotros». Ahí es exactamente a donde quiero llegar. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.

[...]

¡La ignorancia es una frágil base para la virtud! Pero, sin embargo, ésa es la condición por la que se ha organizado a la mujer y sobre la que han insistido los escritores que más vehementemente han argumentado en favor de la superioridad del hombre; una superioridad no en grado, sino en esencia. Aunque, para suavizar el argumento, dichos escritores se han afanado en probar, con caballerosa generosidad, que los sexos no deberían ser comparados: el hombre fue hecho para razonar, la mujer para sentir, y juntos, carne y espíritu, conforman el todo más perfecto, al combinar felizmente razón y sensibilidad en un solo carácter.

¿Y qué es la sensibilidad? «Rapidez de sensación, rapidez de percepción, delicadeza». Así la define el doctor Johnson, cuyas palabras no me sugieren otra cosa más que el más exquisitamente esmerado instinto. No discierno rastro alguno de la imagen de Dios, ya sea en la sensación o en la materia. Aunque se refinen setenta veces siete, todavía son materiales. ¡El intelecto no reside allí, ni el fuego convertirá jamás el plomo en oro!

Vuelvo a mi viejo argumento: si la mujer ha de tener un alma inmortal, entonces ha de tener, como ocupación en la vida, un entendimiento por desarrollar. Y cuando, para hacer más perfecto el argumento, aunque todo prueba ser no más que una fracción de una poderosa suma, se la incita por la satisfacción del momento a olvidar su grandioso destino, se contradice a la naturaleza, o bien la mujer ha nacido solamente para procrear y pudrirse. O acaso, si se concediera a las bestias de todo tipo un alma, aunque no un alma razonable, el ejercicio del instinto y la sensibilidad puede ser el paso que deben tomar en esta vida hacia la consecución de la razón en la próxima, de tal forma que durante toda la eternidad se encuentren por detrás del hombre, a quien —no sabemos por qué— le fue dado el poder de alcanzar la razón en su primer modo de existencia.

Cuando trato de los deberes peculiares de las mujeres, como trataría los de los ciudadanos o los de los padres, se verá que no pretendo insinuar que las mujeres deberían ser apartadas de sus familias, en referencia a la mayoría. [...] Pero el bienestar de la sociedad no se construye sobre logros extraordinarios, y, si fuera organizada más racionalmente, habría aún menos necesidad de grandes habilidades o virtudes heroicas.

En la regulación de la familia y en la educación de los niños se requiere, particularmente, fuerza de mente y cuerpo, entendidas en un sentido carente de sofisticación. Pero, sin embargo, los hombres que con sus escritos se han afanado más en domesticar a las mujeres han procurado debilitar sus cuerpos y anquilosar sus mentes con argumentos dictados por un basto apetito, que la saciedad ha llegado a hacer fastidioso. Pero incluso si han conseguido realmente *persuadir* a las mujeres con estos métodos siniestros, influyendo en sus sentimientos, de que permanezcan en el hogar y realicen las tareas de madre y ama de casa, yo debo prudentemente oponerme a las opiniones sobre la mejor conducta de la mujer, que hacen de la realización de tan importantes tareas el principal objeto de la vida, aunque insultase a la razón. Pero, y apelo a la experiencia, si descuidando el entendimiento ellas estuvieran tanto, no, aún más, más distanciadas de las tareas domésticas de lo que estarían si se ocupasen de la más seria tarea intelectual —aunque debe ser observado que la masa de la humanidad nunca perseguirá vigorosamente ningún fin intelectual—, permítaseme inferir que la razón es absolutamente necesaria para que una mujer pueda desempeñar cualquier tarea correctamente, y debo repetir una vez más que la sensibilidad es distinta de la razón.

[...]

En lo que respecta a las mujeres, cuando reciben una educación cuidadosa se convierten en elegantes damas, rebosantes de sensibilidad y rodeadas de lujos caprichosos, o en meras mujeres notables. Las últimas son frecuentemente afables, criaturas honestas, y tienen una forma astuta de buen sentido, unido a un hablar prudente que las hace con frecuencia miembros más útiles de la sociedad que aquellas damas sensibleras, aunque no posean ni grandeza de mente ni de gusto. El mundo intelectual se cierra ante ellas. Sáquenlas de la familia o de la vecindad y se quedarán inmóviles, el intelecto sin empleo, pues la literatura proporciona una fuente de diversión que ellas nunca han perseguido

gozar, sino frecuentemente despreciar. Los sentimientos y gustos de las mentes cultivadas aparecen ridículos, incluso en aquéllos a quienes la casualidad y las conexiones familiares les han llevado a amar; mientras que en sus meros conocidos ellas lo consideran afectación.

Un hombre de sentido común sólo puede amar a semejante mujer por su sexo y respetarla porque es una sirvienta fiel. Él le permite, para preservar su propia paz, regañar a los sirvientes e ir a la iglesia vestida con las telas más exquisitas. Un hombre a su misma altura intelectual probablemente no se llevaría tan bien con ella, pues podría desear invadir sus prerrogativas y administrar algunos asuntos domésticos por sí mismo. Sin embargo, las mujeres cuyas mentes no son agrandadas por la educación, o el egoísmo natural expandido mediante reflexión, no son aptas para llevar una familia, porque, dado el indebido poder que poseen, están siempre tiranizando para sustentar una superioridad que sólo descansa en la arbitraria diferencia de fortuna. El mal es aún mayor cuando se priva a los sirvientes de sus placeres inocentes y se les hace trabajar más allá de sus capacidades para que la mujer notable pueda tener una mesa aún mejor y eclipsar a sus vecinos con galas y ostentación. Y si ella atiende a sus hijos es, en general, para vestirlos de forma costosa, y, ya surja esta atención de la vanidad o del cariño, es igualmente perniciosa.

Además, cuántas mujeres de este tipo pasan sus días, o al menos sus veladas, descontentas. Sus maridos reconocen que son buenas administradoras y esposas castas, pero abandonan el hogar para perseguir una más agradable, si se me permite usar una palabra francesa llena de sentido, sociedad *piquant*. Y la paciente esclava del trabajo, que cumple sus deberes como un caballo ciego en un molino, es privada de su justa recompensa, pues los salarios que se le deben son las caricias de su esposo y las mujeres que tienen tan pocos recursos en sí mismas no soportan muy pacientemente esta privación de un derecho natural.

Una dama elegante, por el contrario, ha sido educada para mirar con desprecio las tareas vulgares de la vida, aunque se la haya incitado sólo a adquirir talentos que se elevan un poco por encima de los sentidos, pues incluso los talentos corporales no pueden adquirirse con precisión a menos que se fortalezca el entendimiento mediante el ejercicio. Sin fundación en los principios, el gusto es superficial, la gracia debe surgir de algo más profundo que la imitación. La imaginación, sin embargo, se caldea, y los sentimientos se

hacen fastidiosos, si no sofisticados, o no se adquiere un contrapeso de juicio cuando el corazón todavía permanece ingenuo, aunque llegue a ser demasiado tierno.

[...]

Al trazar las causas que, en mi opinión, han degradado a la mujer, he confinado mis observaciones a aquéllas que universalmente actúan sobre la moral y la conducta de todo el sexo, y me parece claro que todas ellas proceden de la falta de entendimiento. Si esto se debe a una debilidad de facultades física o accidental, el tiempo sólo lo puede determinar, pues no he de poner gran acento en los ejemplos de unas pocas mujeres que, al haber recibido una educación masculina, han adquirido coraje y resolución. Sólo afirmo que los hombres que han sido situados en posiciones similares han adquirido un carácter similar —hablo de clases de hombres— y que los hombres de genio y talento han surgido de una clase en la que las mujeres nunca han sido situadas.